



CRÍTICA DE LA MEMORIA:

poesía testimonial y
desplazamiento forzado en Colombia

Ilustración: El Tamarindo (heridas)

ANGÉLICA PATRICIA HOYOS GUZMÁN

Candidata a Doctora en Literatura Latinoamericana

Universidad Andina Simón Bolívar (Sede Ecuador)

Profesora de Lingüística de la Universidad del Magdalena

ahoyos@unimagdalena.edu.co

hoyosguzman@gmail.com

Resumen

Presento avances de mi investigación doctoral sobre poesía testimonial en Colombia como una sensibilidad distinta al discurso hegemónico y la política pública sobre la memoria. El objetivo es el de hacer visibles las formas de la sobrevivencia y el devenir de los afectos en la escritura poética relacionada con la memoria de la violencia contemporánea en el país, específicamente con el desplazamiento forzado. Interpreto una tradición testimonial de la violencia y el desplazamiento forzado como lugar de la enunciación de los poetas de finales de siglo XX y de lo que va del XXI. De este modo, el giro afectivo es fundamento teórico y metodológico, y a través de la identificación de los lugares de la memoria donde la poesía resiste ante una tecnología de olvido; crea una comunidad afectiva del dolor; interpela a los lectores para transformar la realidad y delinea un mapa de sensibilidades del desplazamiento forzado.

Palabras clave: crítica de la memoria, poesía testimonial, poesía colombiana, desplazamiento forzado.

Abstract

In this paper I present advances of my doctoral research on testimonial poetry in Colombia as a different sensitivity to the hegemonic discourse and public policy on memory. The objective is to show the forms of survival and the evolution of affections in the poetic writing related to the memory of contemporary violence in the country, specifically forced displacement. I interpret the testimony of violence and forced displacement as the place of enunciation of the poets of the late twentieth century and twenty-first century so far. In this way, the affective turn is a theoretical and methodological basis and, through the identification of places of memory where poetry resists against oblivion's technology, it creates an affective community of sorrow, challenges readers to transform reality and draws a map of sensitivities of forced displacement.

Keywords: Criticism of Memory, Testimonial Poetry, Colombian Poetry, Forced Displacement.

La realidad social de Colombia durante los últimos cincuenta años ha estado marcada por el conflicto armado. A partir de una lectura crítica de la poesía publicada entre los años ochenta y lo que va del nuevo milenio, encuentro estas relaciones entre la poesía, la violencia y la continuidad de un género olvidado por el aparato de la crítica literaria: la poesía testimonial. Las razón para descartar esta relación, de parte de la crítica literaria, son la noción de la poesía como un género estéticamente más allá de lo social, como lo prefieren muchos trabajos al catalogar estas obras como secundarias, o con poco valor literario Viv01 Cob80. La crítica extranjera sí ha nombrado la tendencia de la poesía testimonial como emergente durante el periodo de la violencia bipartidista. Uno de los pioneros escritores de este género es el poeta Ramiro Lagos (1964) con su obra Testimonio de las horas grises.

En mi investigación, propongo una lectura estética de la sobrevivencia que se articula con una sensibilidad alternativa frente a la alta literatura documental, una escritura desapropiativa Riv15, basada en la experiencia común de sobrepasar el trauma, en los desplazamientos textuales entre la lírica y la narrativa. Es decir, una forma poética que refleja la problemática social incluso en la materialidad con la que se inscribe, en la imposibilidad de ubicarla como un género, de leerla canónicamente, sino que merece otras formas también despropiativas de lectura, que incluyen la opción política de movilizar el archivo del que forman parte, una perspectiva integradora de saberes de la antropología, la filosofía, la literatura, pero también con el enfoque en la sobrevivencia Did12 Der06 y sus afectos como puntos de partida.

Es decir, no me interesa la representación de la violencia sino la intensidad afectiva y la noción de sobrevivencia que filosóficamente entrega la poesía. Me interesa también la lengua resto, o lengua testimonial Aga00, como lengua literaria que ubica a los sujetos de discurso, el gesto del poeta o la poeta

testigos como creadores-empáticos. Para el caso de la problemática del desplazamiento forzado, quiero enfocarme en el mapeo de los afectos a través de los poemas. Todo esto me permite rastrear la red de imaginarios geo- y biopoéticos que restituyen un sentido de justicia y de retorno y se manifiestan contra la memoria hegemónica que cosifica a las víctimas del conflicto armado.

Según lo hasta aquí expuesto, argumento tres ideas: 1) que la poesía testimonial se viene haciendo como forma de memoria antes que existiera una política de la memoria en Colombia, la cual ha emergido a la par que los acuerdos con los grupos armados y que está establecida como una tecnología del olvido en el sentido que estructura un tipo de memoria acumulativa Huy00; esto banaliza y objetiviza las experiencias del trauma, revictimiza a las personas que han padecido las implicaciones de la violencia y no permite crear los lazos de empatía y de interpelación que en cambio permite la creación poética; 2) que la poesía testimonial sobre el desplazamiento en Colombia moviliza el recuerdo y crea un nuevo territorio, el del país imaginado, donde las personas desterritorializadas y al margen logran corporizar sus afectos Mor12; por lo tanto, la poesía se convierte en una fuente de crítica geográfica y agenciamiento político; 3) que la lengua de la poesía testimonial estructura las imágenes de lo animal, en el sentido de la continuidad de un pensamiento salvaje que incluso se posesionó políticamente en las vanguardias y como respuesta a las guerras vividas a comienzos del siglo XX. Estas formas no son únicas de la poesía colombiana, sino que tienen todo su sedimento en Latinoamérica.

Los poetas colombianos no se filian a partidos políticos algunos, no hacen de la poesía un panfleto ideológico, sino que más bien le dan un lugar político a los sujetos del discurso y de sus afectos, a las otredades al margen, y ponen de manifiesto la exclusión y la herencia de violencia sistemática de

grupos indígenas, campesinos y afrocolombianos que han sido movilizados por la guerra.

A pesar de las múltiples propuestas poéticas de este nuevo milenio, me quedo en las que manifiestan directamente esta relación con el desplazamiento forzado como experiencia de la guerra, para analizar la estética de la sobrevivencia. Así, tomando el mapa político de Colombia, me ubico al norte con los poemas de Adolfo Ariza Navarro Ari08, en los que varias voces líricas nos hacen una crónica de los acontecimientos sucedidos en La Avianca, municipio del Magdalena.

Anael / Seremos felices aquí, Anael, / entre el pito de los autos, / el cemento de los puentes, / las casas con puertas y terrazas fortificadas / y el recelo comprensible de la gente que aún no nos conoce. / Cerremos el baúl con los antiguos recuerdos / y abramos uno nuevo, / con el viento y el olvido a nuestro favor. / Amarremos tu miedo y mi miedo al primer horcón, / salgamos a la puerta, / apoderémonos una a una de estas calles, / contemos —aunque muy pocos crean y entiendan— el dolor de nuestra historia. / Vamos, Anael, / ésta tarde es la primera tarde de todas las tardes que restan a nuestra vida. / La mañana murió. / La noche no existe. / Estas tú, estoy yo, / está esta ciudad que ha sido el sueño de otros. / Involucrémonos en ella. / Tomémosla prestada. / Sólo por un rato, corto o largo. / Pero, por favor, por nuestro hijo, por ti, por mí, / no me pidas que regrese, /no lo hagas, / no sea que, de pronto, me desmorone y te haga caso (Ariza, 2008).

También incluyo en esta relación los poemas que hacen referencias explícitas a masacres que han generado desplazamiento en el territorio nacional, como “El Salado”, de Fernando Vargas, o “Desplazamiento”, de Laura Castillo.

Desplazamiento / *A las tejedoras de Mampuján / Tras el golpe de omisión / en el vientre de la*

tarde / Mampuján anochece / con un terco afán de dormir. / No hay tiempo, / susurran doce cuerpos en los labios, / hay que cargar hamacas y vasijas, / hay que dejar que la hierba seca / sea el huésped que habite en casa, / hay que silenciar. / Lejos, / en lo profundo de una habitación, / aguarda una mujer peregrina / entre los hilos y retazos que convergen en sus manos. / Tejer es su forma de nombrar/ la ausencia de arraigo/en las punta de los dedos (Castillo, 2016).

Más hacia al centro, tal vez hacia el oriente, en una geografía iterativa, noto que ciertos poemas de Camila Charry Cha15 hablan de masacres en el Aro, Segovia y Magdalena. También del destierro como resultado de estas masacres:

Somos los desterrados / los que se miran / desde la desdicha que habita / todos los finales. / Somos los que rasguñan la entraña de esa fiera / que llaman Dios / para que sangre y llore / porque no podemos retener el tiempo y su vértigo / en mitad del cuerpo (Charry, 2015).

En el Casanare se testimonia la masacre de Mapi-ripán a través del poema “Mapiripán” de Hellman PardoPar16, Omar Garzón Pinto (2016), y su poema “Una vez llovieron flores en el Aro”. Si dibujo el trazo hacia el sur, encontraremos en los poemas de Juan Carlos Galeanao Gal11:

Boítas / Un día un hombre se despierta con los dedos / convertidos en boas pequeñas. / Su habitación es una caja de cables moviéndose / por todas partes y los niños les ruegan a sus madres que los lleven / a jugar con las boítas. / Las boas no se quedan tranquilas ni un minuto; se abrazan con fuerza a los muebles (que ya empiezan con sus quejas), y salen a enredarse en los árboles vecinos. / Los familiares y amigos se preocupan y tratan de arrancárselas de las manos pero el hombre se pone a gritar diciendo que son/ las venas de su corazón (Galeano, 2011).

Me fijo aquí en la imagen de la Hidra de Lerna, del monstruo de la guerra, incluso del mito griego de la Medusa, que se reescribe con este poema-mito. No es la guerra ahora y su monstruo que acecha, sino el corazón que se extiende en los dedos, en las boas, en los artefactos de la posmodernidad, en los cables; en la escritura se sobrevive a ella; el animal sobreviviente tiene sus venas conectadas en los dedos, como boas-cables vivas. Si tuviera que representar con una imagen al poeta testigo, sería la de este poema: el escritor con las boítas que salen desde su corazón en forma de dedos, esa energía, esa fuerza vital, afectiva, que fluye en la escritura, en la reescritura del trauma que incluso le da lugar a los desterritorializados es la sobrevivencia; es el concepto que la desapropiación crea en todos estos poemas que interpreto. El grito del escritor cuando los demás quieren quitar las boas, escriben la lengua resto del testimonio.

Ahora bien, hago una reflexión sobre el desplazamiento como lugar de enunciación, con un poemario que no tiene un referente específico, pero relata la experiencia del desplazado, sus subjetividades y sobrevivencias. El libro se intitula *Desplazados del Paraíso*, del escritor Antonio María Flórez Rodríguez Fló06. En este libro, la militancia del amor desde la misma lógica afectiva, o de corrientes subterráneas de la poesía testimonial, crean una situación política que invoca e interpela la justicia en el sentido de Alain Badiou (2007): “La justicia es eso: pasar de la condición de víctima a la condición de alguien que está de pie”Bad07. Se trata de la justicia como resistencia y sobrevivencia de este pueblo que falta Del96; la justicia como forma del abrazo Riv15.

Esta constelación sobre el desplazamiento forzado la he seleccionado con la idea de que en “la edad de los poetas” Bad89 la desterritorialización constituye una experiencia política susceptible de ser pensada a través de la poesía testimonial. En una mirada frente a la estigmatización del migrante in-

terno, tenemos en estos poemarios las intensidades que crean afectos como el amor, la esperanza, como medio de superación del trauma; el miedo, la culpa, la vergüenza, como políticas para interpelar al lector, y la exposición del cuerpo ya no como sufrimiento ni deseante, sino como resto, como animalidad que restituye a los derechos que le han sido desposeídos y como sintiente en el país literario, como vida que se reterritorializa. Ejercen una militancia política del presente permanente contra el olvido sistemático y en busca de la no repetición. Puede que el gesto del poeta testigo que escucha a los más de seis millones de desplazados en Colombia sea aquel que los saque del imaginario prefabricado del que ya no tiene tierras, ni futuro, ni pasado, puede que la poesía logre la empatía necesaria para salir de las guerras, más en los momentos donde vivimos el resurgimiento y la permanencia de las violencias en los mismos territorios donde incluso también existen unas políticas del retorno. El gesto de la escucha y la escritura desapropiativa es político en la medida en que la guerra favorece sociedades cada vez más desvinculantes Seg16. Muestra de ello es la respuesta negativa durante el plebiscito en 2015, como respuesta de la ciudadanía ante posibilidades distintas al conflicto armado. La poesía testimonial es política porque resiste con el gesto de escuchar al otro e interpela al lector para que se apropie de estas experiencias.

Muchos son los temas que se piensan en la poesía. El desplazamiento como causa del trauma de la violencia contemporánea se dibuja en este mapa, crea una ecología y unas nociones de los problemas centrales del país; al mismo tiempo que el poeta testigo dialoga con una tradición que configura nuevas maneras y pretextos para poetizar, nuevas formas de escribir lo bello, nuevas condiciones de lo humano, la de la sobrevivencia en medio de la destrucción.

A partir del mapa literario que nos ofrece la *poesía testimonial* y del *poeta testigo* como militante con la

palabra, son los temas de la memoria, en el sentido en que nos los muestra Marc Augé (1998), en donde el recuerdo parte del olvido, pero la movilidad de este, a través de los afectos, son los mismos acontecimientos recordados fragmentaria e inexactamente, la vitalidad del recuerdo en el testimonio, en el documento, que es la poesía como filosofía existencial (Badiou, 2007), los que han agenciado sobre la memoria, ejerciendo el derecho al recuerdo, mucho antes de que se instaurara una política pública al respecto.

Hay que decir, entonces, que la definición de poesía se hace desde el resto. La lengua resto es la lengua del testimonio, tiene su forma híbrida de enlazarse y su característica es su filiación con la animalidad, con el primitivismo como una continuidad como lo define Roger Bartra (2013), que se genera en el sedimento, en el abrir de capas subterráneas, leyendo y excavando la tierra frente al “mal de archivo”, como plantea Derrida (1997). Allí encontramos entonces una lengua que no nos entrega la representación, sino que la problematiza. Por eso es una lengua literaria. El testimonio no busca una validez jurídica, pero sensibiliza y parte de lo sensible, de lo imposible de representar los acontecimientos violentos, por ello se genera el ruido.

“¿Cuánto pesa una bala dentro del cuerpo?” Con esta pregunta que hace el “Poema inicial” de Ariza Navarro (2008) se acerca el lector a la experiencia directa de la violencia. La pregunta dispara, indaga por todas las veces que el cuerpo ha sentido la fuerza aniquiladora sobre sí, la opresión física y existencial del dolor, la fisura y la herida que puede hacer el proyectil entrando, blandiendo el lugar de la carne, sangrando y liberando el dolor, la vida, abriendo la piel y la herida. La palabra genera al mismo tiempo el sonido de la bala. Se evocan en la imagen el impacto de la pólvora y el disparo; lo sonoro se abre en el significado, explota, y con esto la lectura nos trae el ruido que ensordece.

La poesía testimonial se caracteriza por múltiples formas del dolor. A pesar de la dispersión de su emergencia, tienen en común la intencionalidad de poner al

lector en la experiencia de la guerra. No se puede representar el momento exacto en que una bala entra al cuerpo, pero muchas han entrado a diferentes cuerpos y en diferentes momentos de la historia, muchos impactos han estallado. Con ello, es necesario entonces indagar en esta relación cuerpo-dolor-existencia en común y en las formas que representa la poesía testimonial en Colombia.

El lenguaje que dispara, que nos pone en situación del dolor, en la experiencia del cuerpo y las experiencias de la precariedad (Butler, 2010)... ¿pero a quién le dispara? Al lector, para conmooverlo, condolerlo con el dolor de otro. También es un lenguaje que dispara al Estado, lo acusa, lo interpela, y por eso la mayoría de poemas del corpus habla sobre la muerte, sobre la horrorización, sobre el estado sin entrañas (Rivera Garza, 2015). Por eso escribir poesía sobre el testimonio se hace desde el impacto y la defensa de la palabra:

¿Desde cuándo una página ha detenido una bala? ¿Ha utilizado alguien un libro como escudo sobre el pecho, justo sobre el corazón? ¿Hay una zona protegida, de alguna manera invencible, alrededor de un texto? ¿Es posible, por no decir deseable, empuñar o blandir o alzar una palabra? Mi respuesta sigue siendo sí. Porque sí es una palabra diminuta y sagrada y salvaje al mismo tiempo. Porque, francamente, no sé hacer otra cosa (Rivera Garza, 2015).

La cita en mención nos propone la palabra como defensa, como arma y escudo. La palabra ruidosa crea también inmunidad (Espósito 2007), puede interpretarse esta como una intencionalidad de la poesía testimonial, la cual utiliza el mismo horrorismo para manifestarse y afectar. Así, el resto y la imagen de lo animal, la presencia de los cuerpos mutilados, lo incómodo de las imágenes desde lo que impacta en el cuerpo, se entrega como arma, dispara para afectar, para memorizar la intensidad. Esto lo defino como el ruido poético animal, por oposición al eufonismo y desde todos los niveles de la lengua y las posibilidades del significado en uso,

en donde la imagen oscura de los poemas, el tono elegiaco de la poesía colombiana publicada entre 2000 y 2017, que es objeto de esta lectura, inquieta, porque es una manifestación desde y de la sobrevivencia como estética.

Ahora bien, el mapeo que genera la *poesía testimonial* interpela a los lectores, nos da la huella de las implicaciones afectivas que se dan en la memoria. Por ello no hablo de una tradición literaria sino de una continuidad, puesto que como no hay una representación mimética, tal que pueda fijarse el momento de una historia única y oficial del trauma, sino muchos fragmentos y distorsiones del mapa, entonces la poesía testimonial está al mismo tiempo pidiendo otras lecturas. En el plano de la escritura esta poesía testimonial permite levantar un mapa interpretando esas líneas de fuga en la medida en que *los mapas de trayectos son esenciales para la actividad psíquica* (Deleuze & Guattari, 1996, p. 98).

Estos registros de la espacialidad sentida por las víctimas deviene escritura sobreviviente en la medida en que les da el valor de la experiencia y el sentido de lugares que van más allá de la recreación del trauma o del pasado, puesto que se trata de partidas violentas, inesperadas, que dejan huella en la subjetividad, aquellas que el poeta testigo enuncia y al mismo tiempo registrado el devenir no solo de los sujetos al margen que se desplazan, sino de los lugares. Se puede decir, entonces, que la errancia, el nomadismo, es una condición que permea la poesía, y va trazando el mapa de intensidades del país a través de la poesía. Todo ello atendiendo a un mapa de imágenes poéticas entendiendo que:

Una concepción cartográfica es muy distinta de la concepción arqueológica del psicoanálisis. Este vincula profundamente lo inconsciente a la memoria: es una concepción memorial, conmemorativa o monumental, que se refiere a personas y objetos, pues los medios no son más que ámbitos capaces de conservarlos, de identificarlos, de autentificarlos. Desde este punto de vista, la superposición de las capas está necesariamente atravesada por una flecha que va de arriba abajo y se va hundiendo, excavando. Por el contrario, los mapas se superponen de tal modo que cada cual encuentra un retoque en el

siguiente, en vez de un origen en los anteriores: de un mapa a otro, no se trata de la búsqueda de un origen, sino de una evaluación de los desplazamientos. Cada mapa es una redistribución de callejones sin salida y de brechas, de umbrales y de cercados, que va necesariamente de abajo arriba (Deleuze y Guattari, 1996, p. 101).

Según esto, se entiende entonces que no pretendo un análisis de la representación *per se* del país, ni tampoco una interpretación psicoanalítica del trauma en relación con la producción poética de esta época, sino, al contrario, de lo imposible de representar que es el registro de la lengua resto; lo imposible de asir con el cuerpo palabra con el que se escriben estos poemas sobre el desplazamiento, y que delimitan las fugas ante la historia, al mismo tiempo que impresionan y dejan su impresión sobre los lugares del país que se imaginan desde su posibilidad de recordar y desde lo que han olvidado, incluso aún desde la imposibilidad del olvido.

En esta interpretación, apertura de las capas del archivo, *leer es abrir la tierra* diría Derrida (1997). En este caso los sedimentos de mapas superpuestos entre restos de los que escriben, de los poetas testigos, crean una noción de sobrevivencia que es necesario atender desde lo afectivo. El cuerpo es afectado por estos lugares, el cuerpo poema, el cuerpo palabra resto, es el devenir y el agenciamiento ante el lugar imaginado oficialmente, la resistencia de la individualidad misma y la creación de una comunidad y ecología a partir del cuerpo afectado, del cuerpo en movimiento y el mapa en la imaginación. Así lo dicen también Deleuze y Parnet (2013): “Los mapas son mapas de intensidades; la geografía, además de ser una física en movimiento, es algo mental y corporal” (p. 47).

Ese cuerpo texto ofrece sedimentos que se deben interpretar para entender su economía residual. No propongo así una representación del retorno, sino las superposiciones de lugares que las intensidades afectivas dejan en los cuerpos en la medida en que estas cartografías ofrecen en una lectura social y cultural de lo que implica la migración forzada. Los trazos, de abajo hacia arriba, es decir, desde las víctimas y los poetas testigos, van creando una geopoésía afectada, y eso es lo que

quiero demostrar en el análisis, si se quiere, esquizo-geopoético.

La poesía testimonial me permite entender la condición del desplazamiento, profundizar en ese devenir sobreviviente, en el plano de la escritura y en el plano de la heroicidad que se manifiesta en estos poemas; estar en movimiento plantea también una estética del movimiento del lugar; no hay un mapa fijo del país que ha vivido la guerra, como pareciera dibujarse en los informes oficiales. Por el contrario, todas las disrupciones son posibles en la geografía, y la poesía es testimonio de ello. Según lo planteado por Deleuze: “Los nómadas no tienen ni pasado ni futuro, tan sólo tienen devenires, devenir mujer, devenir-animal, devenir-caballo: su extraordinario arte animalista. Los nómadas no tienen historia, sólo tienen geografía” (Deleuze y Guattari, 1996, p. 37).

Pensar el movimiento nómada que impone el imperio de la violencia, la mole sobre lo molar, es pensar el animal nómada despojado de su categoría de ciudadano, el animal humano y el animal poético que solo tiene devenires que sobrevive y que se fuga del acontecimiento violento, tanto porque no puede representarlo como por no poder olvidarlo. Su lengua resto le permite la movilidad, la creación de sus lugares, la geografía del arte animalista.

Con lo anterior me refiero entonces a que las cartografías poéticas que se dan en estos textos no pretenden una cronología o un punto exacto de la historia fija, ni oficialidad de la memoria, sino, por el contrario, en su movimiento, en lo fallido de la representación, en lo imposible incluso de levantar el mapa del país y sus desplazamientos nómádicos, textuales y forzados está la militancia de estas manadas que sobreviven, la de poetas testigos, la de las víctimas. Esta relación no es única de la poesía, solo que aquí trato de innovar en una forma de leer la poesía testimonial desde lo que ella misma propone. Es hartó conocido el trabajo de la fotógrafa Lina Espinosa (2018), en el que a partir del mapa de Colombia interviene las variables sobre el territorio, teniendo en cuenta los problemas sociales y la expresión del desplazamiento forzado; el arte y la literatura pueden así contribuir a cierta lectura crítica de la geografía de Colombia. Aquí propongo entonces

una interpretación de las capas, de los sedimentos que ofrecen estos cuerpos poemas al devenir sobreviviente tanto de los sujetos desplazados como de los lugares de la huida.

Por último, quiero referirme a la situación de estas literaturas al margen en el marco de una perspectiva más amplia geopoéticamente hablando. La tendencia de la poesía testimonial no es única en Colombia. Hay mucho campo discutido sobre ello en Centroamérica. También en Chile y en Argentina se ha vivido el auge del testimonio desde la poesía. Por lo tanto, el panorama es mucho más amplio y menos localizado de lo que se pudiera pensar. Enfrentamos dos problemas globales: el de la migración y el de la producción poética en contextos de violencia y desaparición forzada. En esta reflexión me centro en el problema del desplazamiento interno y en el mapa localizado, en el país literario que se dibuja desde la intensidad afectiva y la lengua del testimonio como lengua literaria.

Al igual que lo propuesto por Roger Bartra (2013), he tomado los poemas según los puntos cardinales para poder trazar el mapa, para la exégesis de lo que implica sobrevivir desde una escritura de cuerpos que se mueven a lo largo del país. Encuentro que esta lectura podría incluso relacionarse con una condición más general. También la escritura es un desplazamiento; la poesía testimonio del desplazamiento es coherente en la forma y en la expresión de lo que implica la condición del sobreviviente, sus militancias afectivas. La lengua menor es la lengua desterritorializada que se recrea, que se sabe fallida, desplazada y en movimiento, como los sujetos del discurso que a través de estos poemas dicen políticamente, siguen cobrando sus derechos a pesar de haber sido desapropiados de ellos, siguen militando y reclamando justicia desde la poesía, no sobre el retorno, que se sabe imposible, sino sobre el mero acto de haber perdido territorio.

Solo la poesía del testimonio sobre la condición del desplazado hace posible la justicia, pues solo a través de esta lengua del resto, del recuerdo que crea una memoria que se desplaza también entre la palabra y el olvido, se puede volver a ese lugar común que es sobrevivir ante el despojo. Hay que volver a Adorno (2003) y a ese lazo social que es propio de lo romántico, frente

Desde este punto de vista, la superposición de las capas está necesariamente atravesada por una flecha que va de arriba abajo y se va hundiendo, excavando. Por el contrario, los mapas se superponen de tal modo que cada cual encuentra un retoque en el siguiente, en vez de un origen en los anteriores: de un mapa a otro, no se trata de la búsqueda de un origen, sino de una evaluación de los desplazamientos.

a la irrupción de la modernidad. Dice Bartra (2013) que una tendencia primitivista se debe leer alejada del uso despectivo y discriminatorio del término; en cambio él encuentra en la poesía de estética primitivista una posición que marca el pensamiento salvaje, originario, en el sentido en que se escapa a la tecnificación, a lo moderno. Por eso su auge.

Cito a Adorno y al lazo social, pues también apuntan a la vanguardia comprometida. Entonces encuentro que en una lectura de este tipo de poesía, o poesía del testimonio, en Colombia, desde el punto de vista de la continuidad de esta tendencia primitivista, los desplazamientos, la reterritorialización, incluso la lengua resto, balbuceante, que sobrevive, constituyen todas formas de ese salvajismo en clave vanguardista. Atendiendo a la emergencia de la tierra baldía, de la liquidez de la migración en lo que analiza Bartra (2013), a partir del poema “Tierra baldía” de T. S. Elliot, entonces estos poemas forman parte del registro de esta misma condición de la posmodernidad, la sobrevivencia como condición posmoderna. Podemos sumar así, ante la tesis de Bartra sobre las dos tendencias continuas en cuanto

al primitivismo, que estas propuestas poéticas testimoniales sobre el desplazamiento, y, como veremos, sobre otros temas, son una hibridez de la tendencia del arte pop al reciclaje de la industrialización y el primitivismo como lengua menor articulada como consigna ecologista de la poesía testimonial y de la estética de la sobrevivencia.

Por todo lo anterior, entonces puedo encontrar en estas formas una tendencia al primitivismo como un gesto político, el bramido animal, el grito; la caja de resonancia de estos textos en clave biopoética se manifiesta en contra de la necropolítica que se ha mantenido estática en los territorios donde se ha padecido y se sigue aun padeciendo las violencias. ¿Pero qué pasa entonces con otros registros no escritos? Vale preguntárselo porque mucho de la poesía que se ha registrado en el Centro Nacional de Memoria Histórica se hace desde la oralidad. A lo mejor necesita otra forma de análisis, pero es necesario leerla, en la metodología de este mal de archivo que he decidido leer, desde el punto de vista afectivo.

Referencias bibliográficas

- Adorno, T. (2003). *Notas sobre literatura. Discurso sobre lírica y sociedad*. Madrid: Akal.
- Agamben, G. H. (2000). *Lo que queda de Auschwitz. El Archivo y el testigo*. Barcelona: Editorial Pretextos.
- Ariza Navarro, A. (2008). *Regresemos a que nos maten amor*. Santa Marta: Premio de Poesía Ciudad de Santa Marta, Gobernación del Magdalena.
- Augé, M. (1998). *Las formas del olvido*. Barcelona: Editorial Gedisa.
- Badiou, A. (1989). *Manifiesto por la filosofía*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.
- Badiou, A. (2007). *Justicia, filosofía y literatura*. Buenos Aires: Homo Sapiens Ediciones.
- Bartra, R. (2013). *Territorios del terror y la otredad*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Butler, J. (2010). *Marcos de guerra. Las vidas lloradas*. Barcelona: Paidós Ibérica.
- Castillo, L. (2016). *La raíz invertida. Revista de poesía*. Recuperado de <http://www.laraizinvertida.com/detalle.php?Id=2032>.
- Charry Norriega, C. (2015). *El sol y la carne*. Madrid: Ediciones Torremozas.
- Cobo Borda, G. (1980). La tradición de la pobreza. En G. Cobo Borda, *La tradición de la pobreza*. Bogotá: Carlos Valencia Editores.
- Deleuze, G. y Guattari, F. (1996). *Crítica y clínica*. Barcelona: Anagrama.
- Deleuze, G. y Parnet, C. (2013). *Diálogos*. Valencia: Pre-textos.
- Derrida, J. (1997). *Mal de archivo. Una impresión freudiana*. Madrid: Trotta.
- Derrida, J. (2006). *Aprender por fin a vivir*. Argentina: Amorrortu.
- Didi-Huberman, G. (2012). *La supervivencia de las luciérnagas*. Madrid: Adaba Editores.
- Espinosa, L. (2018). *Trópicos*. Recuperado de [www.fotografiacolombiana.com: Trópicos, http://www.fotografiacolombiana.com/tropicos-de-lina-espinosa-curadora-virginia-lichet/](http://www.fotografiacolombiana.com/tropicos-de-lina-espinosa-curadora-virginia-lichet/)
- Flórez Rodríguez, A. M. (2006). *Desplazados del paraíso. Premio de poesía Ciudad de Bogotá 2003*. Mérida: Editora Regional de Extramadura.
- Galeano, J. C. (2011). *Galeano, Juan Carlos. Amazonía y otros poemas*. Bogotá: Colección Un Libro por Centavo, Universidad Externado de Colombia,.
- Garzón Pinto, O. G. (2016). *La raíz invertida. Revista de poesía*. Recuperado de <http://www.laraizinvertida.com/detalle.php?Id=2032>
- Huysen, A. (2000). “En busca del tiempo futuro”. Medios, política y memoria. *Revista Puentes, 1(2)*, 1-21.
- Moraña, M. (2012). Postscriptum. El afecto en la caja de herramientas. En M. M.-I. Prado, *El lenguaje de las emociones. Afecto y cultura en América latina* (pp. 313-337). Madrid: Iberoamericana-Vervuert.
- Pardo, H. (2016). *La raíz invertida. Revista de poesía*. Recuperado de <http://www.laraizinvertida.com/detalle.php?Id=2032>
- Rivera Garza, C. (2015). *Dolerse. Textos desde un país herido*. México: Surplus Ediciones.
- Segato, R. L. (2016). *La guerra contra las mujeres*. Madrid: Traficantes de sueños.
- Vivas Hurtado, S. (2001). La marea de la sangre: reflexiones sobre la poesía y la guerra. *Revista ASAB, 3*, 16-27. ■